

UN JOVEN APROVECHADO

UN JOVEN APROVECHADO

~~El r. "La fortuna es del que la busca."~~

Ernesto Lacorte era un jovenzuelo de campo, que ya había llegado a los veinte años, y a esta edad aún no había terminado su instrucción primaria; no porque le faltasen deseos, sino porque en la única escuela pública de su barrio, apenas se enseñaba algo más de un cuarto grado, y sus padres carecían de los recursos económicos suficientes para sostenerlo en el pueblo y pagar los gastos que su educación ocasionara. No obstante esta embarazosa situación en la familia de Ernesto, éste, sintiéndose ya un hombre, manifestó a sus padres sus deseos de ausentarse de su hogar y aventurarse en alguna empresa en donde sólo tuviera que aportar su trabajo personal, y para ello obtuvo el correspondiente permiso. "Si obtengo éxito," dijo Ernesto, "estudiaré en las horas que me queden libres después de mis faenas diarias."

Sus padres, que no tuvieron a mal las indicaciones que su hijo les hiciera, lo alentaron y le dieron el permiso que solicitaban para ausentarse. Lo prepararon de acuerdo con sus recursos, que ^{eran} limitadísimos y lo proveyeron de algunas cartas de recomendación, obtenidas de personas influyentes de la vecindad.

El muchacho, tímido por naturaleza y ^{poco} ~~como~~ acostumbrado a salir, preparó su viaje, no sin antes derramar muchas lágrimas. Sus padres lo consolaron como pudieron, y partió de su hogar en una mañana brillante; una de esas mañanas que invitan a paseo. Su primera posada, después de un día de larga caminata, la hizo en las cercanías de Lurtorga, una de las ciudades más importantes y prósperas de su país. En la hacienda en donde pasó su primera noche, ausente de su hogar, residía una familia de origen inglés, la que se dedicaba a la crianza de ganado vacuno y a la siembra y recolección de frutas citrosas, que cosechaban en abundancia. Su dueño lo era un tal don Tomás Quentry, hombre de mediana edad, muy compasivo y de sólida preparación cultural. El Trato cortés de Ernesto, a pesar de su timidez, agradó a los moradores de la casa, hasta tal punto, que lo invitaron a quedarse un

día más con ellos. Ernesto objetó de primera intención, pero a insistencias de Pedro, el hijo mayor de la casa, de más o menos de su misma edad, permaneció otro día entre aquella familia que llegó a sentir cierta admiración por el recién llegado. Tal parecía que entre Pedro y Ernesto existía algún parentesco. "De buena gana", decía Ernesto para sí, "me quedaría aquí para siempre, porque no sé lo que me espera más adelante; pero no me aventuro a solicitarlo, aunque me parece que si lo propongo lo van a aceptar". Más no es tanto, reflexionó. "Si algo me sucediera en mi ruta larga y desconocida, volveré por estos alrededores y entonces estaré en mejores condiciones de hacer mi proposición a esta buena y santa gente."

Llegó la hora de la despedida de Ernesto y con algunos regalos que le hicieron en la casa de don Tomás, marchó muy agradecido. "Si la suerte me depara algún porvenir", hizo saber Ernesto a don Tomás y a su familia, al despedirse, "recompensaré las atenciones que se me han dispensado en esta casa."

Caminó aproximadamente dos horas hasta que divisó la torre de la iglesia de Lutorga, y a los pocos minutos ya pisaba en la calle Multitud de dicha población. El bullicio de la ciudad lo molestaba, pero lo disimulaba un poco, por temor a que lo tildaran de jíbaro. Recorrió algunas de las calles más importantes y alguno que otro de los suburbios de Lutorga, y vióse obligado a dormir, por la noche, en un bodegón de pésimas condiciones. El dinero que tenía no le permitía otra cosa.

Al siguiente día se levantó temprano, pagó su hospedaje y se tiró a la calle sin rumbo. En ocasiones, como para orientarse, hacía alguna que otra pregunta a los viandantes, hasta que cansado ya de caminar, resolvió buscar una colocación en donde ganarse la vida. No fue tarea muy fácil encontrarla, pero ya, en horas de la tarde tenía en donde trabajar. Era en el importante y acreditado establecimiento de provisiones, al por mayor y detal, de don Lucas Soto. Cuando solicitó colocación mostró sus recomendaciones, que le fueron aceptadas, sin reservas, ya que las mismas presentaban a un joven laborioso y de buenas costumbres. Su primera ocupación no le fue del todo desconocida.

Consistía en repartir cartas de cobro. Algo semejante había hecho, en cierta ocasión, aunque por corto tiempo, siendo empleado de la pulpería de don José Lores, en su barrio. A la semana siguiente lo pasaron a realizar otras labores. Debía atender a la descarga de la mercancía que recibía la casa, a diario, por vapores de Europa. En esta brega permaneció por varios meses, dando el resultado que era de esperarse; y como el dueño del establecimiento notara en Ernesto aptitudes para algo más que para un vigilante de la mercancía en los muelles, lo invitó a que pasara al departamento de contabilidad, pues entre el número crecido de sus empleados de inferior categoría, era el que más prometía. Ernesto se excusó en el acto, pero como don Lucas insistiera, al notar en él deseos de progresar, lo convenció para que aceptara y aceptó. "No tiene que temer a nada", le dijo don Lucas a Ernesto y agregó: "Usted tendrá mi ayuda decidida, la del tenedor de libros y la del primer dependiente. El cambio de trabajo para usted, significa cambio de categoría y aumento de sueldo. Aquel es su escritorio desde hoy en adelante. Pase a ocuparlo".

A los pocos meses Ernesto dominaba, casi por completo, la contabilidad de la casa y pasó a ser el tercer empleado del establecimiento. Su trato afable y su conducta le ganaron el aprecio de todos sus compañeros. Como Ernesto mostrara interés en seguir progresando, don Lucas le indicó la conveniencia de estudiar un curso de contabilidad en la escuela de comercio de Lutorga. Ernesto, que poco le había faltado para solicitarlo de su jefe, contestó en la afirmativa y sin reservas, y a la siguiente semana, cumplidas las formalidades de matrícula y otros detalles de menor importancia, era estudiante de dicha escuela, plantel de acreditada fama y único en el distrito. Su progreso fue tan rápido y a tal extremo que el curso lo terminó en poco más de un año.

Don Lucas, convencido de que tenía en su negocio a un joven trabajador, inteligente, honrado y honorable, y enterado de sus aspiraciones, lo hizo matricular en una escuela preparatoria a la que debía asistir en horas de la noche. Aquí, como en la de comercio, dio pruebas de su talento y al correr del tiempo ostentaba los diplomas de comercio e instrucción secundaria.

Hacía poco más de seis años que había partido de su hogar en busca de fortuna, y en tan corto tiempo ya empezaba a sonreírle. En su ausencia comunicaba sus adelantos a sus padres, pero no deseaba volver por su casa hasta no ir hecho un hombre de porvenir. No obstante la distancia que lo separaba de su familia, le enviaba a ésta, mensualmente, parte de su sueldo.

Sus padres siempre lo alentaban más y más. Sus consejos lo ayudaron a triunfar. Ya Ernesto no era el joven rústico, tímido y sin preparación. Tampoco era el repartidor de cartas de cobro, ni mucho menos el dependiente en los muelles. Don Lucas, que se siente cansado, lo hace administrador de sus bienes. Ernesto, que es responsable, que sabe de la confianza que en él han depositado, sigue fiel en sus empeños de buen administrador. Progresa él y hace progresar el negocio que dirige, dándole nuevos impulsos. Se relaciona con todo el comercio de la población, y el joven que un día entró asustado, pero con aspiraciones, a una ciudad desconocida, está convertido en figura prominente de la ciudad. Toma parte activa en comi-ciones y juntas que se ocupan del bienestar de las clases desheredadas y del progreso de la urbe.

Un día resuelve visitar a sus familiares, volver por su barrio y estar entre los suyos por algún tiempo. Propone un viaje y sale, no sin antes obtener el permiso de don Lucas, que gustosamente se lo concede. Parte de Lutorga en automóvil, siguiendo la misma ruta que tomó cuando salió de su hogar, hasta que llegó a la residencia de don Tomás Quentry, en donde había pernoctado hacía varios años. Don Tomás reconoce a Ernesto, a pesar de que el joven ha cambiado mucho. No es el muchacho de tez quemada, de maneras tímidas y de conversación corta. En un perfecto caballero de fácil palabra y trato ameno. Después del saludo de rigor, entablan conversación que versa sobre varios temas, y por último le cuenta de sus éxitos. Permanece aquí todo el día y al siguiente parte para el hogar de sus padres, que ya saben de su viaje; que lo esperan impacientemente. Antes de despedirse de don Tomás, cumple con lo que una vez había prometido: Demostrar

en alguna forma su agradecimiento por las muchas atenciones que por primera vez le prodigaron. Obsequió a don Tomás con un portamonedas de plata, a Pedro con un pequeño reloj de bolcillo y a la familia con otros objetos de algún valor.

Le faltaban aproximadamente cuarenta kilómetros para llegar a su casa, todos de camino de herraduras, por donde los automóviles no podían transitar. Don Tomás le facilitó dos de sus mejores caballos. Uno para él y otro para que un peón le condujera sus maletas. A poco menos de medio día de camino y cerca de un sitio denominado La Luna, divisa Ernesto el pequeño hogar en donde reside su familia y lanza un grito, que asusta al peón que le sirve de compañero de viaje. "¿Qué le sucede, don Ernesto"? Le pregunta. "¡Ah, buen señor! Llegan a mi mente tantos recuerdos gratos de los días vividos en santa paz, por estos tranquilos contornos, que no puedo menos que exteriorizarlos en esta forma. Ya veo mi pobre casita; el trillado que a ella conduce; las casas vecinas a la mía y los árboles en donde tanto jugué con amigos de edad. No quiero que el caballo me conduzca hasta el batey de mi casa. Quiero pisar esta vereda mía; rozar mis brazos con los árboles de la orilla. Quiero que mis padres me reciban a la entrada del callejón". Y así lo hizo. Se desmontó del caballo y caminó a pie la distancia que lo separaba de su hogar. Sus familiares, todos, lo divisaron y se apresuraron a recibirlo entre sus brazos, confundiéndose todos en un estrecho abrazo.

En su hogar permanece por varios días, no sin antes dedicar bastante tiempo para visitar a sus amigos y a los de su familia. Todo el vecindario se mostro' dichoso y feliz con el retorno de Ernesto y antes de marcharse de nuevo para Lutorga, sus amigos y familiares lo despidieron cariñosamente.

De regreso a la ciudad en donde trabaja, continúa su labor, ganándose la admiración de su jefe y el respeto de la comunidad. Se acercan las elecciones y como candidato único es electo a la Asamblea Legislativa por el distrito en donde reside, prestando su valiosa cooperación en pro de los intereses del pueblo.

A Ernesto no lo marea la altura como sucede, tantas veces con otras personas que triunfan. El sigue siendo un excelente administrador de un negocio próspero y a la vez presta su cooperación a la cosa pública.